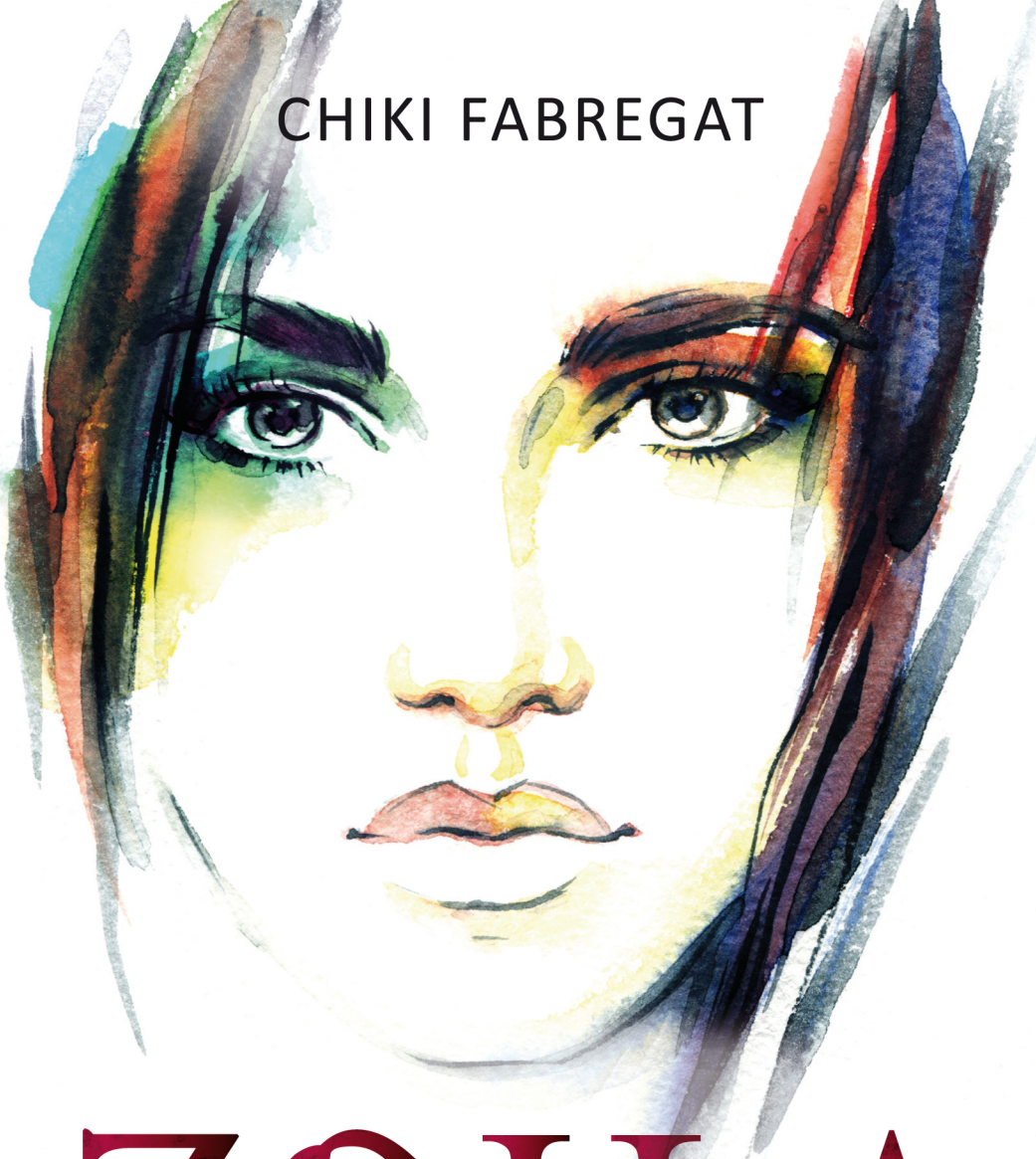
CHIKI FABREGAT



ZOILA

La cueva de fuego

edebé

ZOILA

La cueva de fuego

CHIKI FABREGAT

edebé

© Chiki Fabregat, 2017

© Edición: EDEBÉ, 2017
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Diseño: Book & Look

1.ª edición, febrero 2017

ISBN 978-84-683-3125-6
Depósito Legal: B. 352-2017
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

~ ÍNDICE ~

1. Felicidad efímera 7
2. Más ruidoso que un elfo, más ágil que un humano..... 10
3. La fecha de caducidad..... 15
4. Seca bajo la lluvia 20
5. Secretos 24
6. El Gaudeamus de las Alianzas..... 27
7. El lugar más perfecto del mundo 31
8. Permiso para ser feliz..... 36
9. El elfo de fuego 41
10. Miedo 44
11. Pensar como un elfo..... 47
12. La mejor idea 50
13. Quererme es una condena 53
14. Conocer la Norma 56
15. Familias del Gran Bosque 61
16. Hablar con el agua 65
17. Juego sucio..... 69
18. Cuestión de elegir 73
19. Tranquilidad aparente 76
20. Hemos fallado 81

21. Casi familia 89
22. Pese a quien pese 91
23. No tienes por qué hacerlo 95
24. Una piedra 98
25. Un silencio triste 102
26. Frialdad solo aparente 105
27. Pedir ayuda 110
28. Amigos 114
29. Mal enfocado 118
30. Una promesa 122
31. Siempre ganan 124
32. La alianza 127
33. La partida 132
34. Mi nueva casa 136
35. Encajar las piezas 140
36. Siempre vigilando 148
37. Fuego en la mano 152
38. Duelo 156
39. Soy esto 161
40. Tomar partido 166
41. Libre para elegir 169
42. El circo 173
43. Fuego con fuego 179
44. Gracias 183
45. «Contigo» suena mejor 187
Agradecimientos 190

Para Carlos, Carlitos, que me dice que me quiere
y me enseña a decirlo.

1

Felicidad efímera

—No tiene pinta de aclarar, ¿verdad? —me pregunta la yaya cuando baja a la cocina.

Los días que llueve, como hoy, no vamos al bosque y nos quedamos en casa porque, pese a la fuerza que ha recobrado en estos meses, la yaya es una mujer mayor y un simple constipado podría complicársele.

Tostamos pan para el desayuno, hacemos planes y disfrutamos de un tiempo solas, lo que tampoco está mal. No siento celos de los elfos, ni de Evia, a la que mi padre cuida como si fuera su hija, ni siquiera de Anna, que se ha convertido en «nieta» de papá, «bisnieta» de la yaya y centro del mundo para todos. Hemos pasado de ser una familia minúscula, a un clan enorme. Las barreras han desaparecido con tanta naturalidad como la nieve cuando empezó el calor, y no lo rechazo, al contrario, me gusta esta nueva familia, pero no puedo quitarme de la cabeza la imagen de Evia muerta sobre mi cuerpo. Sigo temiendo que en cualquier momento el destino me pida que le devuelva lo que le he quitado.

—Tal vez por la tarde —le contesto.

No sé si dejará de llover o no, solo sé que ella prefiere creerlo. Sonríe y enciende la tostadora. Es tan fácil hacerla feliz.

Mientras untamos mantequilla en las tostadas, me cuenta que la vecina preguntó por Liam. Al parecer se extrañó mucho de que papá hubiera vuelto y más aún de que Liam se hubiera ido a vivir con él y yo me hubiera quedado. Vamos transformando las historias según les surgen preguntas a quienes nos rodean.

—Debería haberle dicho que él dirige una familia de elfos y que a ti no te hace falta vivir en el bosque porque puedes salvarlos a todos desde aquí. Me habría encantado ver su cara.

Suelta una carcajada que me hace temer por un segundo que se atragante con el trozo de pan que acaba de morder.

—No puedo salvarlos a todos, yaya.

—Claro que puedes, siempre has podido.

Cuando sonríe, las arrugas alrededor de sus ojos se hacen más profundas y me recuerdan la edad que tiene. Es verdad, los he salvado a todos: el pacto con el sol, el abuelo, Evia y la niña…, pero el día que la yaya me necesite, no podré salvarla.

—Eh, eh —dice—, te prohíbo que pienses lo que estás pensando.

Me hago la sorprendida, como si no supiera de lo que habla, pero lo cierto es que me lee el pensamiento mejor que todos los elfos juntos. Sigue hablando y ya no sé si lo hace para mí o para ella misma:

—Siempre he temido que me pasara algo y que entonces Liam y tú os quedarais solos. Pero ahora tu padre ha vuelto, tu hermano tiene a Keena y Raimon sería capaz de mover ese bosque suyo hasta nuestro jardín si hiciera falta. Ahora tenéis una familia que os cuida, y yo estoy en paz.

La abrazo y oculto la cara en su cuello para que no me vea llorar.

—Anda —me dice, con ese tono suyo tan dulce—, no seas tonta y deja de preocuparte. Disfruta ahora que eres feliz, porque si llega

un momento en que no lo seas, necesitarás acordarte de esto para seguir adelante.

Algo pequeñito me pincha en el estómago. De alguna manera siento que todo es efímero, que en el fondo del envase de nuestra felicidad hay una fecha impresa. Trato de ignorar cualquier presentimiento negativo y la abrazo más fuerte.